

nombre de una de las glorias de la literatura inglesa y al imaginario proyecto que encierra, el único dechado de república que merezca ser tomado en consideración. Quizas haya ironía en las palabras del célebre filósofo, pero es probable que la concepción tanto mejor cuanto era mas inocente. Por lo demas es menester observar que, en el grande auto de fe de publicaciones políticas que en Oxford se hizo el año 1688, al paso que se echaba á las llamas la *República santa (Holy common weath)* de Baxter, que era la refutación de la *República pagana (Heathen common weath)*, conforme es llamada la *Océana* por Baxter, por Milton y por Hóbbes, á la mente de ninguno de los ejecutores vino el infligir el mismo castigo á los escritos de Harrington, y de condenar su obra al fuego expiatorio. Una novela halló gracia á sus ojos, y su mismo carácter de ficción desarmó su rigor. Con todo, la facción republicana habia conseguido en gran parte su programa de la *Océana*, y por esto mismo Toland habia querido ser su editor. Como admirador, fué Toland mas allá, supuesto que en la *Vida de Milton* declaró que era la *Océana* un tipo de gobierno completo, practicable, y que consagraba la verdadera igualdad. Por fin, un siglo despues, Tomas Hóllis (1), que habia ensayado fundar una república en la Córcega, tributaba público homenaje á la *Océana*, declarando que en ella hallaba el tipo de un gobierno verdaderamente cumplido y libre.

La *Océana* se reduce á un mero sueño: ¿pero no se halla tambien alguna realidad en los sueños? ¿Cuántas apariciones fugitivas y misteriosas no se vislumbran á veces, que no se pueden ni coger ni detener! A mas de esto, los cuadros imaginarios de Harrington descansaban sobre sólidos fundamentos, y eran el fruto de largos y serios estudios sobre todas las ciencias filosóficas y políticas, empezando desde Aristóteles hasta Maquiavelo, y desde Maquiavelo hasta Hóbbes. Hay en muchos pasos de aquel libro un fuerte raciocinio y una agudeza admirable de entendimiento: se hallan proclamadas en él muchas é importantes verdades con profundo convencimiento. Quizas carece de claridad y elegancia el estilo de Harrington; pero no hay escritor alguno que le haya ganado en facilidad y calor de expresion, y su juicio, moderado por materias graves siempre, halla las imágenes con facilidad y las adorna espléndidamente.

¿Cuánta es hoy día la flaqueza del entendimiento de los hombres! Nadie podria negar á Harrington un talento agudo y quizas profético (2), de cuyas dotes da pruebas nada dudosas en muchísimos lugares; sin embargo, á veces le deja abandonado su perspicacia. Lleno de recuerdos de sus viajes, continuamente está ensalzando el misterioso poderío de la aristocracia veneta, que considera como « una república, que no

(1) Este Hóllis es otra de las cabezas extravagantes tan comunes en Inglaterra. Se sirvió de una gran parte de sus riquezas para ayudar á los pueblos que luchaban por la libertad. Mandó gruesas sumas de dinero á los Anglo-Americanos para sostenerles en su lucha contra sus paisanos. Declara abiertamente republicano, y en su misma recámara tenia siete retratos de Milton, con algunos muebles que habian sido del gran poeta, y que él conservaba religiosamente.

(2) Tuvo Harrington el presentimiento de la Revolucion Francesa:

« Cuando un pueblo está debatiéndose en el lecho de la agonía, es preciso que perezca ó sane. Sin embargo, los pueblos del mundo, sumergidos aun en el lodo del gobierno gótico, se están debatiendo lo mismo que los enfermos que jamas acaban de morir ó curar. Si la Francia, la Italia y la España no estuvieran enfermas las tres, y comidas de corrupcion, ninguna de ellas podria durar en tal estado; pues los imperios enfermizos no podrian hacer frente á los sanos, y los imperios sanos curarian á los enfermos para preservarse á sí mismos del contagio. La primera de aquellas naciones, que, en mi concepto, se librará de semejante mal, será la Francia; y esta, si recobra la salud, gobernará al mundo.

contiene en sí gérmen alguno de disolucion. » Alaba el cambio rotatorio de los miembros del Senado y los procederes de aquel poder secreto y sin apelacion. En concepto de Harrington, eternamente debiera durar aquel gobierno, como lo estaban probando diez siglos de existencia pacífica. ¡Ay, cuán poca firmeza tienen las opiniones especulativas! Bastó una sola traicion para derribar lo que Harrington reputaba indestructible; un solo día bastó para completar la caída de aquella república, junto con sus escrutinios y su rotacion, con su horrorosa y tenebrosa dictadura, y el cónclave, del cual formaba parte el tremendo é inexorable consejo de los Diez. ¡Cuán ufano queda hasta el hombre prudente, á lo que la realidad confirma sus imaginaciones! El defensor del gobierno libre, aquel que ponía por base de esta forma de gobierno la soberanía del pueblo, se constituía el apologista de la mas refinada tiranía que haya existido jamas. Si viera todavia Harrington, aunque no fuese mas que por el honor de sus previsiones, ¡cuántas páginas de la *Océana* tendria que suprimir! Pero tambien durante su vida, vió otras profecías suyas desmentidas por los hechos, como, por ejemplo, la de que en Inglaterra, hecha entónces republicana, no debian volver á tomar pié las instituciones monárquicas.

Por lo demas, en toda aquella utopia de Harrington nada hay que tenga sólido fundamento. Parece que el novador pondera mucho los limites que impone á la propiedad, y halla una segurísima garantía de concordia en la igualdad, si no absoluta, cuando menos relativa, de una reparticion agraria. Ilusiones, que apenas pueden hacerse perdonar con el estado de la ciencia económica en el siglo xvii. Seguramente puede sacarse el cálculo de la riqueza territorial, pero no el de muchas mas. ¿De qué sirve establecer la igualdad, si sigue la desigualdad hacendista, industrial y comercial? ¿Cómo habia de poder llegar el Estado á conocer, fijar todos los valores, y hacer de ellos una estimacion exacta, para distribuirlos despues segun un nuevo equilibrio? Si quisiera hacerse un censo de esta naturaleza, desapareceria cuando menos la mitad de las riquezas que existen. Harto fuerte es en el hombre la inclinacion al monopolio, y para satisfacerla recurrirá, si menester es, al fraude y á toda especie de disimulaciones, engañará, eludirá toda vigilancia. Habrá por consiguiente riquezas conocidas, y otras escondidas. Hay todavia mas: así como el amor del ahorro es uno de los mas fuertes móviles de la actividad humana, así tambien la produccion limitada solo á las necesidades de cada día iria primeramente disminuyendo, hasta que por fin se redujera á nada. Así, pues, cualquier límite que se imponga al impulso de la riqueza privada, es funesto á la riqueza pública, y para acrecentar la fortuna de cada individuo, se empieza por disminuir la suma del bienestar general.

Tambien la renovacion de la magistratura por medio de la rotacion es hallado mas ingenioso que aceptable. Una de dos: para esta rotacion debe contarse con toda la poblacion, bajo ciertas condiciones, por ejemplo, la edad; ó debe ser concretada á una clase privilegiada. Si se extiende á la nacion entera, y llama á cada ciudadano á tomar á su vez las riendas del poder, pone la cosa pública á la merced de las pasiones y la incapacidad: cuando todos gobiernan, nadie gobierna. Si al contrario se verifica la renovacion dentro de un círculo limitado, de contado hay pugna entre los privilegiados y los excluidos; y tal es precisamente la condicion actual de la sociedad europea. Á pesar del pacífico horóscopo de Harrington, á todos nos es notorio que todavia no ha llevado la concordia á la tierra el mencionado gobierno. Por lo demas, otra pretension bastante mas extravagante abraja el autor de la *Océana*, esto es, la de instituir la igualdad conservando la nobleza. Así sucede siempre con las gentes atrevidas; sientan francamente premisas, y no menos francamente las destruyen con sus conclusiones. ¿Es

acaso de creer que sea la inconsecuencia inseparable del talento?

La imperturbable confianza que tenia Harrington en su sistema, jamas le abandonó, y la Restauracion del año 1660 le dejó sorprendido, pero no abatido. Habia él declarado que jamas volveria á engertarse institucion alguna monárquica en el árbol republicano: ¿qué podria responder hoy día á la desmentida que le están dando los hechos? No se dejó Harrington confundir por tan poca cosa, y declaró que en caso de formar el rey un parlamento, aun cuando fuese de miembros escogidos entre las familias mas notables, al cabo de siete años aquellos mismos gentiles hombres tenian que proclamar la república.

Hóbbes y Harrington, cabezas originales, tuvieron la pretension de ocuparse del problema social, y se atrevieron á dar su solucion. El uno la halló en la esclavitud; el otro en una especie de libertad que se encamina á la exoneracion; y así uno como otro están bastante lejos de la verdad. Tiene Hóbbes mas vigor de cabeza, Harrington mayor fecundidad de ideas; el autor del *Leviathan* es mas profundo, el autor de la *Océana* mas ingenioso. Hóbbes no tiene mas que una idea, pero que reúne la mayor de las fuerzas, es decir, la unidad; tiene con una sola mano las riendas de su teoría, es sin cesar su dueño, la dirige adonde y conforme le parece. Harrington se ve en la necesidad de redoblar sus esfuerzos, porque está manejando diferentes instrumentos, mas rebeldes y ménos conocidos; cree en la eficacia de un poder, cuyos elementos se renuevan, y que en virtud de su movilidad misma va espontáneamente á ponerse en manos de quien quiere servirle, y huye de quien quiere abusar de él. Hóbbes se propone organizar el despotismo, Harrington espera desarmarlo. Hóbbes ofrece el ejemplo de una de las mayores ancianidades que se hayan visto entre los hombres pensativos y de fama, apagándose á la edad de noventa y dos años, sano de juicio, y conservando enteramente sus facultades. Clara es la razon de ello: en cuanto hubo emitido su principio, la cabeza de Hóbbes descansaba sin cuidado por él, y aquel principio excluía la fuerte atencion; era no ménos sencillo que violento, no ménos claro que tremendo. Muy diferentes eran las condiciones de Harrington: sus ideas de ponderacion y equilibrio le estaban agitando siempre la cabeza; tenia que defender su sistema de rotacion contra las objeciones de los demas y contra las suyas tambien; debia estar verificando continuamente el valor de aquel mecanismo tan complicado, y obviar las dificultades de ejecucion. Bajo muchos puntos de vista se parecia su trabajo á uno de los suplicios que concibieron los mitólogos; echaba agua en una tina sin fondo. No es, pues, de extrañar que no pudiera su cerebro resistir mucho tiempo al cansancio, y que pronto se viera perturbado de visiones fantásticas.

En su conjunto tiene Harrington un carácter mas noble que Hóbbes. Despues de su muerte, cometió el editor Toland la vil calumnia de poner al principio de sus obras una sátira, titulada *De los fundamentos y las causas de la monarquía*, en la cual Carlos I es tratado de un modo detestable. Pero jamas escribió, ni pudo escribir Harrington cosa semejante: asistió á los últimos momentos del infortunado monarca, y lloró sinceramente su muerte; y jamas hubiera ultrajado su memoria. El verdadero autor de aquel libelo es Juan Hall, uno de los mas ardientes escritores demócratas de aquella época. Tenia Harrington en el corazón algo de caballeresco, que siempre faltó á Hóbbes; pero este poseía mas bien el secreto de la vida práctica, y hasta en medio de sus exageraciones se guardaba muy bien de traspasar los limites que no se traspasan impunemente.

D'ISRAELI, *Miscelanea.*

(E) pág. 749.

FIESTA DE LA CIRCUNCISION DE MOHAMMED, HIJO DE MURAD III (1582).

Murad quiso solemnizar la circuncision de su hijo Mohammed con una pompa nunca vista, y con la concurrencia de todos los soberanos de Oriente y de Occidente, ó á lo ménos, con la de sus embajadores. Con mas de un año de anticipacion fué anunciada la circuncision, que se fijó para la primavera del año 1582, y á la cual se habia invitado por medio de especiales mensajeros á los monarcas de Europa, Asia y África. Enviáronse á todos los países del extranjero chanzes, (mensajeros de Estado), mutafarakas (furrieres de la corte), chaiques (chansnegires), y chambelanes (kapiyibachis), para llamar á las fiestas á todos los súbditos soberanos y á los diferentes gobernadores, quienes no podian excusarse de asistir á ellas mas que mandando costosos regalos por medio de embajadores. Un año ántes empezaron ya los preparativos. Karabalbeg, antiguo intendente de la cocina imperial, fué nombrado intendente (enim) y el antiguo nichandji, Hamzabeg, inspector (neziz), de la fiesta de la circuncision. Este último recibió para los gastos, en diferentes entregas, hasta medio millon de aspros. Se fabricaron varias cocinas; el hipódromo, en el cual, en tiempo ya de Soliman, se celebraron con gran pompa las bodas de su hermana con Ibrahim, y la circuncision de sus hijos, se dedicó en esta ocasion al mismo uso, pero con tanta magnificencia y profusion que superaba á todas las fiestas anteriores. Correspondió el éxito á los preparativos, de modo que la fiesta de circuncision de Murad III para su hijo Mohammed no conoció nunca igual en el imperio otomano, uniéndose para celebrarla una pompa grandísima y la flor de las artes mecánicas, segun el grado de su desarrollo en la capital. Esta presentó el espectáculo, no solo de todos los juglares, jugadores de cubiletes, bailarines, cantores, atletas, espadachines y bufones, sino tambien de una procesion de todos los cuerpos de las artes y de los embajadores, de los regalos de todos los gobernadores del imperio y de las potencias extranjeras. El hipódromo, que tiene cuatrocientos pasos de largo y ciento de ancho, se preparó del modo siguiente para las solemnidades de la fiesta y de los espectadores. En la parte superior, donde se halla hoy el hospital de locos, habia un cuadrado de cien pasos formado de mesas destinadas á los usos culinarios: en el palacio de Ibrahim bajá habia varios kioscos abiertos, y palcos cubiertos para el sultan, el príncipe hereditario y las sultanas. Debajo del palacio, en la misma línea, se elevaba un edificio de noventa y cinco brazas de largo y seis piés de altura, cuyos cimientos eran de mampostería; sobre los cuales se alzaban tres pisos de madera. El inferior estaba destinado á los embajadores de las potencias cristianas; el intermedio á los agás de la corte interna y externa; el superior con cuartos y salas á los beyes, beglerbeyes y visires: debajo de este se habia fabricado una galería de mampostería de siete piés de altura y doce de ancho para el capitán bajá y para los beyes del mar. Frente al palacio de Ibrahim, en el paraje donde estaba entónces el del último gran visir Ahmed bajá, y se encuentra hoy día la mezquita del sultan Ahmed, estaba la música de la capilla del sultan y las palmas artificiales ó, como se llamaban, velas de boda. Mas abajo, hácia el mismo lado, estaba el palco levantado para la embajada de Persia, con una araña, sostenida por cuerdas, que contenia centenares de luces. Seguía despues el palco para el embajador de Francia, que habia pedido el primer puesto, con preferencia al orador imperial, y que no habiéndolo obtenido, no compareció con pretexto de que no era

conveniente que el embajador del rey cristianísimo asistiese á las ceremonias paganas: ocuparon entónces este palco los embajadores tártaros y polacos. Mas lejos, frente á la galería del capudan bajá, habia una gran tienda con sorbetes y otros refrescos. En medio de la plaza se elevaban dos estacas, una embarnizada de encarnado y la otra untada con aceite, y en cuya cúspide habia una gran lámpara con muchos millares de luces que se encendian de noche. La direccion para el orden y seguridad de la fiesta se confió á Ibrahim bajá, belerbeg de Rumili, inspector de las bodas (dugunyibachi); al heglerbey de Anatolia, Jafer bajá, especie de sokollo, gran sorbetero (cherbechibachi); al capudan bajá Muge Ali, primer arquitecto de las galerías y de los palcos (mimarbachi), y al agá de los genizaros Terhad bajá, jefe de la guardia. Para la conservacion inmediata del orden y la limpieza de la plaza, se destinaron quinientos barrenderos (tulumbagos), que vestidos de un modo ridiculo de diferentes cueros, llevaban un odre sucio, hecho de piel de cabra, con el cual pegaban á los que alborotaban. Su capitán, montado sobre un asno con gualdrapa de paja era al mismo tiempo el bufon del pueblo.

El primero de junio, el sultan, y el dia siguiente el príncipe hereditario, salieron del serrallo en procesion solemne, y se trasladaron al de Ibrahim bajá, preparado en el hipódromo. Precedian los chaiques y mutafaakas vestidos de tela de oro; venian despues los agás de la corte y de las tropas; luego las palmas artificiales ó velas de las bodas á diez ó veinte de fondo, en medio las mayores, de las cuales cuatro tenian veinte ó mas brazas de altura, llevadas por mas de ochenta genizaros. El príncipe heredero llevaba vestido de raso encarnado, ribeteado de un bordado de oro de cinco dedos de grueso, dos plumas de garzota en el turbante, un rubí en la oreja derecha, una esmeralda en la mano del mismo lado, un sable embutido de piedras preciosas y una maza de acero, cuya cabeza era de cristal tallado formando muchas caras, y montado en oro. Luego que llegó y hubo besado la mano á su padre, plantaron las palmas de boda frente al palacio, llenando el aire los acentos de una estrepitosa música. Tres dias despues vinieron las sultanas acompañadas de dulces, así como el sultan lo fué por palmas; aquellos indicaban la dulzura femenil, estas la fuerza viril. Cerraban la marcha diez ó doce prisioneros de las fronteras húngaras y de Bosnia, todos ellos hombres atrevidos, los cuales se desollaban con los sables y pinchaban con dardos. — Uno de aquellos prisioneros llevaba el asta de una bandera metida entre la carne y la piel, los brazos agujereados á flechazos y en la espalda algunas herraduras de caballo clavadas con todos sus seis clavos: por todos lados iba chorreando su sangre; espectáculo doloroso de atroz padecimiento. Se le regaló dinero segun sus grados, siendo recompensado el principal de ellos con un timar de cuatro mil aspros; como murieron dos de aquellos hombres al hacer sobre sí mismos tales pruebas de inhumano martirio, se prohibieron estos espectáculos para el resto de la fiesta. Los dulces representaban nueve elefantes, diez y siete leones, diez y nueve leopardos, veintidos caballos, veintin camellos y catorce jirafas; nueve sirenas, veinticinco gerifaltes, once cigüeñas, ocho cornejas, ocho ánades y una fuente de azúcar cande llevada por veinte hombres. Otros veinte llevaban un castillo, un diu ó demonio silvestre, cinco pavos reales, otros tantos candelabros, diez y seis jarros con otras tantas regaderas, ocho monos, dos juegos de ajedrez, treinta y tres platos con fruta, siete peces marinos, todo de azúcar, pero trabajado rústicamente. Venian, finalmente, los confites sobre quince caballos de carga, ocho de los cuales estaban cubiertos de damasco encarnado, y siete de damasco de plata. Mientras se distribuían los dulces, algunos Arabes y otros hombres atrevidos subian y se dejaban resbalar por encima de las estacas

derechas y aun por el obelisco y la columna del hipódromo con gran peligro. Avanzaban despues las grandes palmas, que superaban con mucho en altura á las de la primera procesion: tenian de alto de veinte á treinta brazas, divididas en siete cuerpos, formados por siete grandes bolas vacías, de cera de varios colores. La inferior tenia de cuatro á cinco brazas de circunferencia é iban disminuyendo hasta la mas elevada que era la mas pequeña; estaban adornadas de aves, animales, frutas y espejos, de modo que cada una era un mundo en pequeño, un símbolo de la fuerza mundana, siempre productora, la cual penetra las siete esferas. Para dar paso á estas palmas, fué necesario ensanchar algunas calles, levantar los techos y demoler algunas casas. Al dia siguiente los visires presentaron sus regalos. El gran visir Sinam ofreció cinco caballos ricamente enjaezados al sultan padre y tres al hijo: el oro resonaba á cada movimiento y sus gualdrapas estaban recamadas de perlas: tambien regaló muchos vestidos por valor de cuarenta mil cequíes. Siawus bajá, segundo visir, llevó ocho caballos y tres vestidos de tela de oro por valor de veinte mil cequíes: Mesh bajá, el eunuco, tercer visir, cuatro caballos, dos de los cuales con silla y arreos y quinientos vestidos por valor de treinta mil cequíes: Mohammed bajá Gerah, esto es, el circujano, así llamado por antonomasia, porque de barbero del sultan fué elevado á visir, llevó caballos, vestidos, esclavos y objetos de plata por valor de cerca de quince mil cequíes. Osman Kia-yabeg, ó ministro del interior, muchos objetos de plata, llevados por muchachos georgianos y circasianos, calculados, junto con los portadores, en diez mil cequíes. Durante estos dias, y aun en los siguientes, acudieron mas de cien Griegos, Albaneses y Arcicianos anunciándose como candidatos del islam. Estos se descubrian la cabeza y levantaban un dedo, y conducidos al serrallo eran circuncidados, sirviendo así de preludio á la circuncision del príncipe este rebaño de Cristianos circuncidados. Todos los dias se expusieron en la plaza mas de mil platos de arroz, cubierto cada uno con un pan, y de diez y seis á veinte bueyes asados, enteros, con cuernos y pezuñas. Arrojóse el pueblo sobre ellos, y en un momento se vió la plaza cubierta de arroz y platos rotos, pero la limpieza muy pronto doscientos esclavos del arsenal, y unos cincuenta peones la regaban con odres tan luego como se levantaba polvo. Llegada la noche, cincuenta grandes lámparas y el expresado árbol de luces se encendieron y los fuegos artificiales derramaron sobre el hipódromo y la ciudad la claridad del dia. Al siguiente comparecieron los quinientos hombres con sus odres haciendo figuras y grupos grotescos. Derviches, juglares, luchadores, titiriteros, conductores de monos, músicos de todas clases, divertían y alegraban al pueblo, dando vueltas en el aire, haciendo piruetas, luchando, y otros diferentes ejercicios. Por la noche se fingió dar un asalto á una estacada húngara: atacaron los agresores con palos en lugar de lanzas y almohadillas en vez de escudos, y fueron rechazados, rompiéronse los dardos, saltaron sobre la llanura, siendo finalmente quemada y demolida la estacada. El dia inmediato, el embajador imperial, señor de Preyner, fué invitado á la fiesta por doce chambelanes que le llevaron un plato lleno de objetos de azúcar. El embajador persa habia ocupado ya su puesto dos dias ántes, lo mismo que el Polaco Philippowsky.

El embajador imperial habia llevado en regalo seis fardos de cebellina, de cuarenta pieles cada uno, por valor de mil cequíes, y cuatro alanos: el orador transilvano Ladislao Szalanezy doce copas de plata con doble fondo y doce platos del mismo metal hermosamente cincelados, dos fuentes y cuatro candelabros, parte de los cuales eran dorados. Copas, jícaras y relojes de plata eran los regalos de los varodas de Moldavia y Valaquia y de Ragusa; los del Tatarcan eran seis fardos de cebellina é igual número de pieles,

cinco fardos de pieles de marta, seis pieles de armiño para las mujeres, seis dientes de caballo marino y veinte jóvenes cristianos en calidad de esclavos. Los embajadores del sultan de Fez y Marruecos presentaron en un cofrecito para halajas, de madre perla, una navaja de perlas, así como dos tapetes recamados de oro y cuatro de seda recamados con figuras de árboles y flores, una brida con bolas de oro, y piedras preciosas, un penacho negro de garzota, con diamantes que deslumbraban, un látigo de hipopótamo, estribos llenos de perlas y pedrería, muchas piezas de seda tejida, cuatro de tela de oro, muchas perlas montadas en oro y cuarenta mil monedas de tributo. Durante muchas horas los derviches desempeñaron sus bailes, algunos Arabes bailaban como sátiros, mientras que otros enmascarados con cuernos y pieles estaban tendidos al redor de la plaza. Por la noche se vieron torres, tiendas, fuentes, caballos volantes, arder en bellísimos fuegos artificiales, mientras que entre el pueblo se soltaron algunos osos, zorras y perros vivos con antorchas encendidas y cohetes atados en las colas y espaldas, con gran diversion de la ilustre nobleza que reía á costa de la acongojada plebe. Entre los castillos que ardian y los cohetes que estallaban, algunos poetas leían al gran visir sus canciones epitáficas, que, con grandes exageraciones é hipérboles, manifestaban el efecto que en ellos causaba el fuego de que estaban rodeados. Los bailes de los Moros y las comedias de los Judios prolongaron la fiesta del dia hasta media noche. El dia siguiente fué destinado á los banquetes de los oficiales de los genizaros, á quienes se ofrecieron ciento sesenta mesas, cada una cubierta con catorce platos. Hicieron los honores del convite el gran visir y el agá de los genizaros, sirviendo á la mesa los herradores del arsenal. Los solaks y los peikes, ó sea la guardia de arqueros y alabarderos del sultan, mostraron destreza en los disparos de flecha y dardos: estaban cubiertos de hierro y broncea y llevaban coraza y celada.

El embajador imperial penetró á caballo con su séquito en la plaza y ocupó su palco, siendo desde él espectador de los saltos de los juglares, osos y monos, de las danzas de los derviches y sofies, de los ejercicios de equitacion de los cipayos y de los de los juglares, practicados por los Hebreos y Egipcios. El 9 de junio los teólogos-jurisperitos, el muftí y los cadiaskeros, el kadí y los naibos, los muderris, los chogas, los chaiques y los imanes fueron convidados á setenta mesas. Llegaron igual número de carros llenos de pajes salidos como sipalgos de sus habitaciones de Andrinópolis, y vinieron á besar la diestra del sultan. Habia dos castillos, uno mayor que figuraba pertenecer á los musulmanes, con bandera amarilla y roja, colocado enfrente del palco del sultan; y otro menor, con bandera cristiana, en la cual se veían varias cruces azules y encarnadas en campo blanco. Bombardeábanse mutuamente, y avanzando la guarnicion del primero, sus trincheras y artillería hasta las murallas del segundo, desplomáronse las cuatro paredes y salieron corriendo cuatro cerdos, que hacían alusion á las cuatro potencias cristianas, cuyos embajadores asistían á la fiesta: para aumentar la mofa, un cerdo sacado de la casa del embajador imperial fué hecho pedazos por tres leones. Hebreos y Moros bailaron la matesina y la morisca (baile bufonesco con espadas) á semejanza de la antigua danza sicinica y pirrica. Al dia siguiente el embajador imperial queria presentar su regalo, que consistia en tres preciosos collares de perlas, otras cinco joyas y dos magníficos medallones, por valor, todo junto, de cuarenta mil cequíes; pero sabiendo que el Veneciano Soranzo se habia anticipado, suspendió la entrega hasta despues de concluida la fiesta, y los ofreció al sultan en plena audiencia. Los donativos de Venecia eran plata y telas de oro por la quinta parte de la suma expresada. El 11 de junio, en que fueron convidados los cipayos,

princiaron las solemnes marchas, las corporaciones de las artes que se sucedieron durante veintin dias, angurando al sultan toda clase de bienes con sus oraciones y bendiciones. Presentábanle una muestra de sus diversos trabajos, en cambio de la cual recibian dos puñados de aspros nuevos. Rivalizaban todos por la hermosura de sus trajes y la rareza de sus atavíos, especialmente en el modo de adornar á sus aprendices, que se presentaban por orden del sultan. Despues que los derviches, á cuya hermandad pertenecia este ó aquel cuerpo, hubieron hecho los acostumbrados vaticinios al gran señor, el discurso de Choya era coronado con el grito general de: *Amin! Amin!*

Abrieron la marcha los que trabajaban los adornos femeniles para piés y cabeza, quizá para hacer con ello una deferencia á las sultanas; los fabricantes de tocados y los zapateros marchaban con banderas de tela de oro y plata con baldaquies colorados, cuyo nombre demuestra su derivacion de la ciudad de Bagdad, que en la edad média se llamaba Baldach. Un jovencito zapatero de coloradas mejillas, vestido de tisú de oro, presentó al sultan un gran zapato de cordoban encarnado recamado de oro: segun algunas tiendas portátiles de sombras chineesas y algunos Judios disfrazados de soldados alemanes y españoles, y cubiertos otros de escudos imitando tortugas. Por la noche se encendieron muchas lámparas colgadas de una cuerda y dispuestas de un nuevo modo, á fin de que viniesen á formar el pentágono de Pitágoras, llamado por ellos el sello de Salomon. Los fabricantes de telas de algodón llevaban leones y monstruos marinos, mazas y estrellas de algodón, imitando de este modo con aquella blanda materia los mas duros objetos. El dia inmediato se dió un convite á los fundidores de cañones y armeros: los fabricantes de calzado de hombre iban delante llevando un inmenso zapato de cordoban, chinelas amarillas y algunas estacas envueltas en hojas como si fuesen tirso. Los guarnicioneros conducian sobre seis ruedas una tienda ambulante, en la cual habia algunos operarios ocupados en trabajar toda clase de sillars y arreos. Los que rizan el tafetan y telas de seda, venian debajo de una bandera de raso encarnado y amarillo, y cincuenta muchachos vestidos de seda rodeaban un carro, encima del cual otro muchacho arrollaba la seda sobre la cabeza rapada de su maestro en vez de mesa redonda de mármol. Llegada la noche, los fuegos artificiales del capitán bajá Uluge Ali superaron á todos los anteriores por la perfeccion con que representaban naves, torres, castillos y elefantes. Los volatines y bailarines de cuerda con su destreza y sus saltos mortales llenaban de admiracion al pueblo que en gran multitud los contemplaba con la boca abierta. El 14 de junio se celebraron los torneos de cipayos, y así como en los torneos cristianos se tomaban por blanco algunas cabezas turcas y moras, así servian allí para el mismo objeto las de los Francos y Cristianos, celadas alemanas y gorras húngaras. Los esclavos cristianos de la viuda de Sokolli, que llegaban á 900, representaron en una danza entre espadas y arcos el combate de San Jorge contra el dragon. Venian despues dos galeras que representaban hallarse en medio del mar, de las cuales una fué abordada, apresada y conducida en triunfo, arrastrando tras de sí su propia bandera. La música de cámara de la misma viuda representó tambien una especie de pantomina mitológica: en medio de los sonidos de trompetas, laudes y violines, un espadachin italiano atacó á un niño vestido de cupido, primero con halagos y despues por la fuerza, cuando una doncella armada de lanza, que representaba una ninfa de Diana, ó una amazona, ahuyentó al atrevido enemigo y salvó al niño; invencion tanto mas ingeniosa cuanto que salió del harem de una sultana. Por la mañana siguiente desfilaron los tiradores de oro y plata y los confiteros: los primeros hilaban aquellos metales,

mientras que los segundos hacían cordones de azúcar y de miel, procurando imitar en el color á los de oro y plata. Entretanto corrían al encuentro unos de otros, en cuadrillas regulares los cipayos y silidarios, herían un boton de oro que estaba fijo en la extremidad de una larga estaca, y luego se separaban dos á dos: dos de entre ellos vestidos con antiguas armaduras griegas doradas montaban un solo caballo, como era costumbre en tiempo de las Cruzadas, entre los Templarios y sus turcopolios: uno de ellos se ponía en pié y el otro sobre la cabeza del caballo volviéndose á sentar sobre la silla ambos al mismo tiempo. Otros juegos hicieron también imitando á la caballería mameluca, mas antigua que la inglesa.

El día siguiente los derviches anllando, bailando, comiendo fuego y manejando puñales, trataron de superar con sus habilidades las de los juglares, la astucia de los luchadores y los torneos. En medio del grito continuo de ¡Allah! y de ¡Hu! ejecutaban sus bailes, ponían en la boca hierros ardientes, tragaban cuchillos y hacían otros juegos semejantes, de modo que en las calles por donde pasaban, las mujeres, á quienes se prohibió parecer en la plaza, suspiraban, lloraban y gritaban devotas y conmovidas. Uno de ellos se arrojó en un tonel lleno de serpientes, y permaneció tranquilo en él; otro se hizo poner encima del pecho una piedra que solo ocho hombres pudieron levantar y romper á martillazos; un tercero saltó por encima de varios cuchillos y hojas de espada colocados á distancia unos de otros. Aquella noche los fuegos artificiales representaban un bosque y un jardín con cipreses, inventado y trabajado por un sacerdote griego. Al despuntar el día se presentaron los hiladores de seda, los fabricantes de cordones y redes con raros sombreros, gorras y casquetes cosidos de diversos modos, adornados de encajes y bordados de seda. Los pasteleros y sorbeteros hacían cortesías al pasar, y distribuían sorbetes de todos colores; los tejedores ofrecían al sultan telas mas finas, los curtidores presentaban grandes tapetes redondos de sobremesas hechos de piel y cosidos con oro, y botellas para agua, hechas también de piel sin costura alguna. El día siguiente se dió un banquete bajo de una tienda al beglerbey de Romelia, como director de la fiesta. Los fruteros llevaban las frutas atadas al extremo de largos bastones. Los vendedores de hilo y fabricantes de delantales pasaron oscurecidos por el esplendor y pompa de los artifices y joyeros que iban en pos de ellos conduciendo mas de trescientos niños vestidos de tisú de oro. Los fabricantes de gualdrapas y cereros se distinguían por el grandor de los objetos que presentaron. El día del banquete que se dió al capitán bajá y á los capitanes de la escuadra, tras de los alfareros y fabricantes de alfombras comparecieron los Griegos de Pera y Galata debajo de una bandera de cuatro colores en cuadro, esto es, rosa, amarillo, azul y blanco. Rompían la marcha cincuenta parejas con toneletes encarnados, por debajo de los cuales salía la camisa, gorros celestes segun el uso de Frigia, campanillas en las piernas y espadas desnudas en las manos. Una compañía representaba por separado una boda griega: treinta muchachos de esta nacion, vestidos de tisú de oro con gorros de terciopelo negro, adornados con perlas y joyas, é igual número de muchachas, precedían al palio, debajo del cual venían los esposos, á quienes seguían otros niños vestidos como los primeros. Ambas partes comenzaron entónces un baile particular: los cien primeros representaban la impúdica danza alejandrina, en la cual se conservan las orgías de los sacerdotes salarios; los segundos bailaron la púdica romaílea, cuyas figuras se enlazan de modo que imitan la confusion de un laberinto. Vinieron despues los gebegs ó armeros, fabricando y puliendo armas, llevando cien armaduras antiguas, doradas; los encuadernadores y pintores de papel con banderas de lo mismo y ciento treinta niños vestidos

de papel también de varios colores, llevando una tienda ambulante, en cuya parte inferior un niño pulía las hojas, y en la superior otros tres encuadernaban el Coran. Seguían los fabricantes de colchones y almohadones, con ciento cincuenta niños vestidos todos de tisú de oro, sentados en almohadas y cojines de oro. Los espejeros y fabricantes de jécaras venían con otros ciento cincuenta niños, rodeados todos de espejos, que heridos por el sol, no permitían fijar la vista en ellos. Los peineteros, indispensables para el tocador, venían despues. Así continuaron durante veintin días estas revistas de las corporaciones de los oficios, y en los diez y siete siguientes comparecieron los tintoreros de lanas y lino, fabricantes de astas de lanza y azagayas, los estudiantes y mercaderes de ropa vieja, los sastres judíos, los albarderos, los forjadores, gitanos, los hebreos fabricantes de pólvora, los latoneros, vendedores de frutas secas y los pescadores. Los fabricantes de damascos tenían levantadas sobre treinta y siete largos palos varias telas ricas: los libreros no tenían música como los otros cuerpos; pero llevaban los derviches que gritaban ¡Alah! ¡Hu!

Vefanse despues los fabricantes de anillos de hueso para el dedo pulgar, que servían para disparar las flechas del arco; los tejedores y labradores; los fabricantes de harneros y los estañeros, los curtidores, los flecheros, los drogueros, los herbolarios, y floristas y los vendedores de queso y heno, sin bandera, conducían un buey embridado. Despues los faroleros y fabricantes de fieltro, los de afileres, los de cueros, los de cuchillos, los de vainas y bolsas, los talladores de papel, los tenderos de triaca, los aguadores, los plateadores de estribos, los que preparan tiendas, los costureros, los herreros, los gitanos, los zapateros, los barrenderos, los vendedores de juguetes, los de leche de Buza y los que hacen turbantes. Durante la marcha el gobernador de Buda presentó su regalo, que consistía en cincuenta niños, nueve coches, nueve sables, nueve mazas y nueve relojes, adoptando este número favorito de los Tártaros. Continuaron luego los vidrieros, los mozos de cordel, los que trabajan objetos de hierro para los zapatos, los fabricantes de limas y hoces, los de aventadores y cepillos, los remendones, los mercaderes de hierro, los fabricantes de calzones griegos para mujer, los lavaderos, los caldereros, los fabricantes de sierras, los barberos con tienda ambulante, en la cual algunos muchachos se trasquilaban unos á otros, los vendedores de turbantes, los constructores de balanzas, los tocineros, los cocineros ordinarios, los pasteleros, los fabricantes de velas de sebo y los fruteros. Venían despues los estudiantes con sus maestros, los fabricantes de zapatos de madera, los torneros, los encajadores de armas de fuego, los cocineros de manos de ternera, los claveros, los carniceros y los mercaderes de seda. En este día se dió el espectáculo del asalto de la Goleta, obra de Sinan bajá. En el siguiente comparecieron los barquilleros y los carruajeros, los fabricantes de tijeras, de espuelas y faroles y los de tinteros, los aserradores de madera, los tejedores de cintas, los herbolarios, los encuadernadores, los pastores, los pajareros, los bañeros con todos los utensilios del baño, esto es, con el delantal turquí, el espejo, las calderas, el farol, la bandeja, los jarros, los huevos, los instrumentos de afeitar y otros semejantes. Seguían los pastores mol-davos, los fabricantes de instrumentos de zapatero, los batidores de oro, los aceiteros y vendedores de manteca, y los Albaneses vendedores de jabon. Los Judíos llevaron un gran castillo, esperando obtener el permiso que anteriormente tuvieron para llevar turbante amarillo. Continuaron la marcha pintores de plumas, vendedores de leña, mulateros, sastres, polleros, carpinteros, cubridores de cofres de viaje, bailarines, músicos, cafeteros, chalanes, mercaderes egipcios, jornaleros, operarios sometidos al arquitecto, como son: albañiles, picapedreros, carpinteros, fon-

(F) pág. 757.

## FIESTAS TURCAS EN 1675.

taneros, rebocadores, constructores de acueductos, horneros, constructores de bateles, vendedores de anteojos, pintores, los que montan los turbantes, barquilleros egipcios, costeros, y finalmente vinateros.

Una justa desde la aldea del pueblecillo Ciatalge hasta la puerta de Adrianópolis con el premio de 1,000 cequies, y la distribución de oro y monedas de plata, distinguió entre todos los días, el 7 de julio, en el cual el sultan Mohammed fué circuncidado en el serrallo del hipódromo, por el visir Gerrah Mohammed bajá. Lo que resultó de la circuncision fué enviado en una taza de oro á la sultana chasselis, madre del príncipe, y el cuchillo ensangrentado á la sultana validé, madre del sultan. El visir fué recompensado por su operacion con una suma de 8,000 cequies en dinero y objetos preciosos. El día siguiente una jirafa y un elefante domesticados hicieron ostentacion de sus habilidades. Cesaron los banquetes, y como en los días siguientes no se daban ya espectáculos, el pueblo se dispersó; pero en el duodécimo día despues del de la circuncision, una prostituta y algunos borrachos promovieron un grande y desagradable tumulto entre los genizaros. El comisario de policia fué maltratado, porque con sus genizaros queria castigar á algunos cipayos que estaban bebiendo, y en medio de la confusion dió de golpes á uno de ellos. Fué atado por los otros y conducido de aquella suerte al hipódromo ante el sultan. Los genizaros y cipayos se amenazaban mutuamente, de modo que costó mucho trabajo aplacar las turbulencias al gran visir, al agá y al beglerbey de Romelia. Estaban mas irritados los genizaros porque el sultan les habia rehusado el regalo de costumbre á la circuncision, con pretexto de estar falta de dinero, cuando dos días ántes lo habia materialmente arrojado por las ventanas. Solo se recompensó á los que durante la fiesta dieron la guardia en la plaza, con una bolsa de cequies y diez caftanes para sus oficiales. El día despues de este tumulto, las sultanas, en carruaje cubierto, se trasladaron del hipódromo al serrallo imperial, haciendo lo mismo los pajes el día siguiente. Se pasó revista á los chauzes, y despues de los augurios, á cuya conclusion resonó un rato el grito de ¡Amin! ¡Amin! se marcharon: lo mismo hicieron despues los quinientos peones de los odres que habian tenido á su cargo el orden y limpieza de la plaza. Cincuenta y dos días despues de la solemne procesion del serrallo al hipódromo, el sultan con su hijo se trasladó secretamente una mañana muy temprano á su palacio, temiendo que pudiese turbar la pompa de la vuelta la discordia, mal apaciguada, de los genizaros y cipayos.

Se nos perdonará la difusion con que narramos esta gran fiesta en atencion á las copiosas fuentes que para ello nos han servido de guia, y por las obras compuestas expresamente sobre este asunto, y con mayor motivo todavía si se atiende á que habiendo sido la circuncision desde algunos años ántes, la mitad de las negociaciones y de las embajadas de Murad, fué aquella, por decirlo así, el foco á que concurrieron todos los rayos del homenaje extranjero y de la cultura interior. Estos detalles esparcen mucha luz sobre la grandeza y poder de que gozaba entónces todavía el imperio otomano, con razon temido de todos los Estados cristianos, así como sobre la magnificencia de la corte y la riqueza de los grandes, sobre el coste de los vestidos y el lujo de los pajes, sobre el gusto y diversiones del pueblo, el estado de la industria, promotora de las artes y de la subdivision en los diversos trabajos, subdivision claramente demostrada por la marcha de unas doscientas corporaciones de los oficios organizados por sus propias leyes.

DE HAMMER, lib. II.

El sultan olvidó la derrota de Chocim en los preparativos para la fiesta de la doble solemnidad de la circuncision de su hijo y del matrimonio de su hija, habiéndose propuesto sorprender en la primavera próxima, con su magnificencia, á los habitantes de Andrinópolis; pero en cuanto á esplendor no llegaron ni en mucho á las que se celebráran en el reinado de Murad III, tanto por su duracion como por el lujo. Entónces se invitó, por medio de embajadores enviados al efecto á Viena, Venecia, Francia y Polonia, al emperador, al rey y al dux, para que asistiesen á ellas en persona, quienes excusándose mandaron embajadores extraordinarios; pero esta vez semejantes embajadores no fueron enviados, sea por la brevedad del tiempo, ó bien para que no pareciese que se pedían los regalos de boda, ó temiendo quizá que se correspondiese á la invitacion enviando un embajador extraordinario. Libróronse así de esta incomodidad los reyes europeos; pero los súbditos cristianos del imperio, agobiados de impuestos para aquella fiesta, se hallaban reducidos á un estado lamentable. Cada familia griega tenia que suministrar 30 aspros, y en Andrinópolis se exigían de cada diez familias de las que pagaban captaacion seis pollos, dos gansos gordos y cuatro ánades: además, todas las familias cristianas y judías debían contribuir á la fabricacion de una gran caldera de cobre estañada. Fueron llamados de Constantinopla los mas hábiles artifices árabes, luchadores persas, bailarines de cuerda, juglares y bufones; del presidio se sacaron gran número de esclavos de galera para fabricar y equipar bateles y barquillas para las diversiones; y por fin, de Venecia queríanse hacer venir actores y cantantes para dar una magnífica ópera; pero el bailío Quirini se eximió de este tributo pretextando que para buscarlos y proveerlos necesitaria mas de un año. El gran visir, que junto con el defterdar estaba encargado de arreglar la fiesta, dirigió la partida de la tienda imperial del serrallo en medio del son de trompas, timbales y zampoñas. La comitiva formaba una media luna en frente del serrallo, junto al cual, á un extremo de la media luna, estaba la tienda de los eunucos negros, hasta la del emperador, donde se habian erigido dos pequeños kioscos de seis piés de altura para el sultan y para el príncipe Mustafá. Seguían despues las tiendas del gran visir, del visir favorito, del caimacan y del defterdar; y finalmente el estado mayor de los genizaros, con los cuales terminaba el otro extremo. El primer día de fiesta se consagró á la marcha de los visires y á sus banquetes. Vinieron con numeroso séquito, que se dispuso en dos filas, y luego que hubieron pasado, los hombres del séquito corrían cuanto podían para ser primeros los que habian sido los últimos, continuando de este modo las filas hasta la entrada de la tienda destinada á cada visir. El gran visir, el visir favorito, el caimacan, el defterdar y el nischauki bajá vestían las pieles de gala, con sobre-vesta de raso blanca y con el gran turbante rodeado de larga cinta de oro á manera de serpiente dorada. Los guardias, colocados delante de las tiendas imperiales, los alabarderos y arqueros, los kabanés y furrieres, los chauxes y camareros se inclinaban con el mayor respeto: los visires tuvieron sus banquetes en grandes tiendas circulares y despues debajo de otras tiendas oblongas que daban sombra á los sofás, se colocaron para ver los bailes, los saltos, las luchas y los juegos de destreza, hasta que por la noche tuvieron lugar los fuegos artificiales, durante los cuales se desencadenaron osos, perros y asnos, que con cohetes atados al cuerpo se arrojaban contra la plebé,